



Stella Accorinti

# La Ciudad Dorada

Un relato de Filosofía  
para Adolescentes y Adultos



Textos de Filosofía para Niños

MANANTIAL

STELLA ACCORINTI

**LA CIUDAD DORADA**  
Un relato de Filosofía para  
Adolescentes y Adultos



MANANTIAL  
Buenos Aires

## INTRODUCCIÓN

La filosofía nos nació un día, preguntar y repreguntar: cuando descubrimos ese hueco en nuestro árbol de la vida. Lo mismo le sucede cada día a un niño y una niña nuestros, casualmente lo encuentra y desde su curiosidad va aprendiendo a vivir y filosofar. Puede hacerlo porque el asombro es su miel, la duda su agua y la pregunta su aire. Él y ella saben beber de su gozo. Y, un buen día, inician su camino a esta Ciudad Dorada... ¡Tarea tan lejana y difícil para muchos adultos!

¡Valiente caminante!, allí va con su morral cargado de interrogantes, ¿lo acompañará la magia?, ¿Qué largo camino lo espera! Pero allí, entre la oscuridad, está la luz de "la blanca y aromática flor que se abre a la caricia de la luna", que ven sólo quienes saben mirar, sentir con pasión y pensar con vehemencia. Curioso, porque es nuestro humano derecho la alegría del saber.

El niño cosecha mil aventuras y las arrea a sus noches ensoñadas. Sorprendido, busca y juega, dialoga y aprende al compartir con otros, se abraza con el amor y la belleza, y generosamente nos invita a mirar juntos la hermosura del mar, no a mirarlo por él.

Tampoco quiere pensamientos pensados, ni que le des-

criban la lluvia, quiere mojarse con ella. Eso no lo sabe el Sabio respondón y soberbio de polvosas respuestas. El niño es pregunta y repregunta, tiene ideas revoloteadoras "que quisiera atrapar como a las mariposas", pero las disfrutará, las amará y las dejará ir.

Y como las niñas y los niños tienen coraje, siguen buscando la Ciudad Dorada, mítica en nuestro continente. Así va eligiendo caminos y perdiendo la atracción del pensar frívolo. Sus dudas acompañantes le "rompen a martillazos máscaras y certezas". Algún día mirará atrás buscando sus huellas, y ya no estarán. No le queda más que seguir el camino menos seguro.

¡La filosofía tiene tantos caminos! Alegres, dolorosos, peligrosos. Y los pasos se pierden en lo sorprendente...

¿Qué será lo que debo hacer?, se pregunta el/la protagonista. ¿Cautivarme con los conversadores?, ¿seguir dialogando con mi corazón y mi pensamiento?. Yo no sé la respuesta: sólo le queda seguir su camino filosófico. Por fortuna, Ulises, la Serpiente, la Sirena y el León son su compañía en este tramo florido de preguntas eternas. ¿Qué es lo bueno y lo malo?, ¿qué es la vida y qué es la muerte?, ¿la verdad y la mentira?, ¿el amor y el desamor?

Preguntas que recorren estas páginas, pero no hay respuestas. Cada quien tiene que andarlas, escudriñando en su propio corazón y arriesgándose ante los peligros de la comodidad. Muchas veces las fuerzas te abandonarán. Pero no temas si pierdes lo que crees amado por conocido, sigue buscando. Y cuando tu alma y cuerpo hormiguen, cansados de tanto subir y bajar, quizá te enojen. Sólo apóyate en las raíces para descansar, tal vez sientas el dolor de las alas que te están creciendo.

Amigo, amiga: "Soñemos que estamos despiertos, la vida es intensa y bella", construyamos "castillos de arena en la playa" y sembremos rosas en el mar, para dar nuevas miradas a la educación y preferir una multitud de pá-

jaros danzando en la mente de las niñas, los niños y los adolescentes que un solo y triste pájaro en la mano de un adulto rendido.

Si un niño se imagina, pregunta, duda y construye algo nuevo cada día, ¿por qué nosotros no podríamos?

Y desde el extremo sur del Mundo, en nuestra América latina, Stella Accorinti, mujer de fuegos locos, giron-drina anunciadora del verano, nos invita a visitar la Ciudad Dorada, mientras danzamos el baile de los mil sueños, dudas y preguntas.

ISABEL PAVEZ GUZMÁN  
Centro de Filosofía para Niñas y Niños,  
Santiago, Chile,  
verano de 2001

Descubrir es pura curiosidad en acción. La curiosidad, a su vez, es una actividad de rechazo, miedo, angustia, inconformismo, un deseo por algo más... En el corazón humano tal vez late una caja de papeles amarillentos escritos con las más inverosímiles historias por descubrir.

En *La Ciudad Dorada* se logra, desde la mirada profunda y sensible de Stella Accorinti, tocar esos cuentos que esperan en el corazón de cada persona (niño o niña, joven, mujer u hombre) para maravillarnos con el toque de lo más cercano, pero al mismo tiempo lo más lejano: uno mismo.

¿Cómo llegar a la Ciudad Dorada? ¿Qué equipaje llevar para este viaje que de seguro no resultará nada fácil? Será necesario acompañarse de un "buen amigo", pertenecer al grupo de los que no han perdido jamás, o en su defecto, llevar un manual que tenga sólo las preguntas y ni una sola respuesta... Quizás al final no nos sirvan las estrategias y nos quedemos frente a... o detrás de la reali-

dad y emprendamos el camino de regreso, sin ni siquiera haber partido.

Les invito a zambullirse en un relato de relatos donde pasaremos del interior de la montaña al papel y de él, mágicamente, a la habitación de autores que nos mirarán y que no desean que su obra se disuelva en el acto de leer. Es necesario cuestionar el papel y la tinta, sus posibilidades y sus guardianes; pero no estaremos solos; nos veremos rodeados de shamanes, grandes sabios e iniciados que nos responderán con acertijos y figuras, con retos y silencio cuando ansiemos sendas delineadas en el pasto verde.

Compartamos los secretos de esta expedición que podrán curar "los corazones bombardeados" por burlas, ausencias y miedos. Esta experiencia sugiere un trabajo de Comunidad, sentados alrededor del Árbol Sagrado nos permitirá descifrar muchos acertijos y cantos que nos pondrán del otro lado de nuestras máscaras, y con nuestros compañeros y compañeras descubriremos con las miradas en las palabras que podamos formar, así buscaremos llenar de sentido el momento en que nos demos cuenta de que pensar en opuestos ya no sirve más.

ALEX FABIÁN MEJÍA SANDOVAL  
Centro de Filosofía para Niñas y Niños,  
Quito, Ecuador,  
verano de 2001

## AL/LA LECTOR/A

Hace unos años, paseando por los bosques de Palermo, me acerqué casualmente a un árbol que tenía un hueco en su tronco; allí descubrí una caja en la que había un rollo de papeles amarillentos. Llevé todo a mi casa, preparé un café y me dispuse a leer.

Cuando finalicé la lectura, y a pesar de que al original evidentemente le faltaban hojas, tomé la decisión de darlo a conocer, pues hallaba en el texto algo extraño que deseaba compartir. Pero dudé durante mucho tiempo. Pensé que el texto necesitaba un final; también pensé en dar a conocer que lo escrito no era de mi autoría, y encontrar alguna explicación plausible para la ausencia de final, un cierre que diera carácter de completitud a estas líneas, que además estaban muy desordenadas.

Consulté el tema con varios amigos/as, pero todos coincidieron en que no se le debía dar un orden nuevo, que se debía respetar ya sea el orden que el autor o la autora había realizado, o bien el orden original que no había podido ser acomodado por quien contaba estos sucesos. Por otra parte, una amiga consideró de pésimo gusto que yo agregara una sola línea a las amarillentas hojas.

También fue problemática para mí esta presentación,

usada hasta el hartazgo por la literatura para robustecer el engaño en el que tanto se empeñan en caer los lectores, pero me tranquilizó saber que, dado que no era éste un caso más de la literatura sino un extraño caso de la realidad, podía y debía dar a conocer al público las circunstancias que rodearon el modo en que el texto llegó a mi poder.

He aquí mi hallazgo, transcripto sin agregar ni quitar nada.

# LA CIUDAD DORADA

## EPISODIO 1

La ciudad se ve en lo alto, extraña, ajena, envuelta en nubes la mayor parte del día. Para llegar hasta ella se debe ascender por un sinuoso camino que comienza a la derecha de Pueblo Chico, si se sale de la iglesia un domingo al mediodía. El resto de los días, el camino está a la izquierda, saliendo de la zona donde está el mástil de la bandera. Llevó más de diez años hacer tanto el camino de la izquierda como el de la derecha, y el de la izquierda muestra salidas hacia ninguna parte.

Dicen que el de la derecha es igual. En estos últimos cien años (así lo cuenta el Libro), a muchos habitantes de Pueblo Chico se los vio dirigiéndose hacia los caminos, y después no se supo más de ellos. Otros regresaron, diciendo que no habían podido pasar la primera parte del Camino Grande, la que termina en el Recodo Iridiscente. Desde ahí, si el caminante se asoma sobre la roca grande que está cerca del Árbol Seco, se puede ver el Río de los Padres, azul y transparente, pero lleno de secretos.

En el Recodo Iridiscente se hace el primer descanso largo. Se sienta uno ahí a disfrutar una comida abundan-

te, que ayude a continuar la marcha hasta la Posada del Buen Arquero.

El camino que sale de Pueblo Chico a la izquierda de la iglesia (los domingos al mediodía) es estrecho y polvoriento hasta Recodo Iridiscente. Apenas se sale de Pueblo, la soledad aplasta. No se ven árboles, y los únicos animales vivos son los insectos. Caminando con paso seguro y decidido se tarda una semana hasta Recodo.

La primera vez que decidí salir del pueblo hacia la Ciudad de los Sabios lo hice sin compañía, y sólo llegué hasta Recodo. El camino parecía más largo, más solitario y más seco de lo que supuse por las informaciones de los que habían intentado vencer antes ese obstáculo. La segunda vez fui con Ulises y, a pesar de los numerosos escollos que el Camino nos puso, llegué a la Ciudad.

## EPISODIO 2

“Desde el Recodo hasta la Posada el camino cambiaba de manera sorprendente. El paisaje parecía responder a los deseos de verde del caminante, y los árboles se multiplicaban de manera un tanto extraña para la vista acostumbrada a la sequedad ocre-amarilla de la primera parte del Gran Camino.” Así describía el Libro esta parte del trayecto, y los caminantes que habían regresado al Pueblo coincidían.

Después de salir de Recodo, Ulises y yo caminamos un día entero. Al anochecer descansamos en el Bosque de los Pájaros Azules. Ulises se entretuvo corriendo entre los árboles; siempre lo hacía cuando necesitaba descargar energías.

Creo que su alegría, la naturaleza y mi optimismo me ayudarán a continuar, pensé.

Preparé café y pan de salvado con queso. A pesar de la

oscuridad, el olfato nos regalaba lo que era negado a la vista: diversos olores se mezclaban, y el olfato fugaba para ser, por un momento, el amo de todos los demás sentidos. Tenue y picante olor a polvillo de alas de polillas, acres olores de insectos que disputan territorio. Al oído se ofrecía el chirriar rápido y delicado de las alas de los murciélagos, y la vista, aunque relegada, se solazaba en una dama de la noche, la blanca flor que sólo se abre ante la caricia de la Luna.

Estábamos comiendo, cuando escuchamos un canto que parecía provenir de la cascada de agua, que uno de los ríos del lugar, el De los Peces –un brazo grueso del De los Padres–, regalaba al bosque. Nos levantamos con rapidez y corrimos hasta el lugar del cual parecía venir el canto. A medida que nos acercábamos, lo que era simplemente una voz que cantaba, alcanzó altura, y pudimos oír nítidamente la canción:

*Cuatro sombreros tiene el sombrerero,  
pero ninguno cabeza.  
Cuatro ojos tiene el dragón,  
pero nada ve.  
La enorme oreja que cuelga del cuerpo  
nada oye.  
Multicolores colores tiene esa imagen  
que nada muestra.  
La boca se ha abierto amenazante,  
y de ella ha salido silencio.  
Tengo muchas preguntas,  
pero no quiero respuestas.  
La vida es una mentira  
porque Dios es la verdad.*

Ulises rodeó la cascada hacia el lado opuesto y yo subí con dificultad a un árbol para ver mejor, pero nada pudi-

mos descubrir. La voz continuaba recitando su poema, a veces de modo quejumbroso, a veces apasionado, con una densa voz nocturna que estremecía todo lo viviente. Profundidad y liviandad se alternaban y se unían en la voz que jugaba, distraídamente, consigo misma, pero también conmigo, en una inconsciente conciencia de sí misma.

No pudimos ver quién hablaba, a pesar de que Ulises mantuvo su búsqueda durante un largo rato. Yo, en cambio, me distendí y me dije para tranquilizarme que nada malo les había sucedido a los viajeros que estuvieron allí y escucharon la voz.

Intenté acomodarme lo mejor que pude sobre mi bolsa, mientras masticaba pensativamente una galleta. Una cálida modorra me envolvía y no quería luchar contra ella. Me dejé mecer en sus brazos y me dormí feliz por estar en un lugar tan bello y sereno. Me desperté varias veces con sobresaltos y recordé que los caminantes decían haber escuchado un canto, pero ninguno sabía qué decía la voz. Tampoco el Libro lo mencionaba... si algo cambiaba respecto de la descripción que nos habían hecho, no debía ocasionarme temor, me dije firmemente, pero no logré convencerme. Recordé las páginas en las que el Libro habla del Bosque:

*En el Bosque de los Pájaros Azules, cerca de la Cascada de los Peces, se escuchará una voz.*

"En el Bosque de los Pájaros Azules se escucha una voz que recita poemas": eso escribiría yo en el Libro cuando volviera a Pueblo, o: "En el Bosque de los Pájaros Azules se escucha una voz que habla de bocas, oídos, ojos, cabezas, etc., todo en un enredo infernal, que me confunde y me atemoriza". Eso prometí que escribiría sin saber que jamás cumpliría mi promesa.

Ulises me observaba atentamente mientras devoraba su comida de la noche. (Ulises despliega generosamente

sus modales poco civilizados ante quien sea y en cualquier momento: abre la boca y engulle cualquier tipo de comida, siempre que no sean alimentos desecados. Hubiera sido más cómodo para este viaje que él comiera alimentos secos algunas veces, como yo.)

### EPISODIO 3

La cara dorada del Sabio resplandece y me mira desde el otro lado del escritorio. Me pregunta mi nombre y mi edad, aunque tiene mis datos desde hace una semana. Contesto rápidamente, con un tono de voz que delata mi nerviosismo.

El Sabio comienza a preguntarme, con voz lenta y parsimoniosa. Observo sus rasgos duros, hieráticos, y sus manos llenas de enormes anillos, que hojean las páginas del Libro de la Ciudad. Sé que debo tranquilizarme, pero no puedo, y el color celeste de mi cara comienza a ponerse verdoso, que junto con mi nerviosismo es un claro indicio para el Sabio de que no enfrento adecuadamente la situación.

Se me ha permitido asistir a otras sesiones similares, y vi tres ceremonias de Introducción en Fase Uno (no está permitido el acceso al público en las fases Dos y Tres). Las dos primeras fueron con Dorados, que se mantuvieron tranquilos, y los examinaron acerca de lo que sabían sobre el Libro de los Sabios. Se les preguntó sobre el formato –porque a pesar de que el Libro estaba sobre la mesa, se debía responder no sobre el formato que se veía, y cuya medida se podía adivinar, sino al que se accedía luego de resolver el Teorema del Hierofante Perdido, que estaba en el Libro– y también sobre la cantidad de Líneas del Libro, y sobre sus Nombres.

Los Dorados respondieron con tranquilidad. Pasaron a

Fase Dos porque el Sabio que los examinó consideró que las respuestas de los Dorados coincidían con sus propias respuestas.

La tercera ceremonia que presencié fue con un Celeste, que estaba muy nervioso. Por sus respuestas supe que había adorado convenientemente el Libro, según las reglas de estudio establecidas, pero los Sabios no sólo requerían acerca de la adoración, sino que también esperaban actitud.

Lo cierto es que el Celeste no pasó a la siguiente Fase. Sentí curiosidad por el destino del No Ingresado, ya que nadie que hubiera caminado el Gran Camino hasta la Ciudad tenía fuerzas suficientes para volver, según decía el dogma 46 de nuestro Libro.

Se rumoreaba que los que habían pasado las peripecias que el Camino deparaba y habían llegado a la Ciudad, olvidaban luego de la Iniciación todo lo referente al Camino, así que los que no pasaban de Fase Uno Introductoria perdían la memoria y no sabían cómo regresar.

Se cuenta la historia de un Celeste que, por alguna causa, no perdió sus recuerdos y enfrentó el desafío de regresar.

Se dice que ni siquiera cubrió el último tramo (el llamado Primero por la Ciudad) ya que nunca llegó a Puerto Deseado, última parada del Gran Camino, cuando se va desde Pueblo Chico hacia la Gran Ciudad.

Nunca se supo que un Dorado reprobara la Primera Fase, y en las observaciones permitidas se veían iniciaciones siempre exitosas, pero creo que es porque los Dorados, si no pasaban la iniciación, no tenían que irse de la Ciudad, ya que habían nacido y se habían criado allí.

Sé que muchos Celestes que no pasaron la Primera se quedaron en la Ciudad (y según el 46, todos), sin embargo regía el acuerdo tácito de no preguntar por ellos, porque, según se decía, habían tenido su oportunidad y la

habían desaprovechado. Y eso era considerado no sólo una falla grave en actitud, sino también una ofensa contra el carácter sagrado de la Ciudad.

Antes de mi caso, ningún Celeste había pasado a Fase Dos.

Cuando ingresé al Gran Círculo Menor, después de la Tercera Fase, ya tenía una decrepitud respetable, y poco a poco fui olvidando mi color, porque mis propios compañeros siempre decían que es lo mismo ser dorado, celeste o rojo, y que lo importante son las Fases. O quise creer en esas palabras, o simplemente me olvidé porque no tenían importancia para mí. Y creo, realmente, que no tenían importancia, porque si no es así, ¿cómo llegué al Gran Círculo Mayor, si es verdad lo que dicen los sabios de Pueblo Chico?

#### *EPISODIO 4*

(Me duele la cabeza de un modo terrible y persistente. A veces creo que las ideas son entes fuera de mí a las que hay que atrapar como mariposas. Miro a Moni Tricolor y la veo tan despreocupada, tan delicada, con sus ojos dorados y su indolencia, que la envidia sube y me corroeo el alma pero sí los sesos. Ulón está acostado en su posición preferida: cara al cielo, semifetal. Se estira, se despeveza, abre un ojo, me mira perspicaz y divertido, y se duerme nuevamente. ¡Feliz estado! Debería pararme, dejar esto y hacer algo más productivo, pero no sé hacer otra cosa. Hace tanto que he hecho mi elección que ya no sé si vale la pena repensar las cosas. Los gritos en el piso superior me distraen. La biblioteca me enfrenta, obstinada, y no sé si los libros son míos o si yo les pertenezco. La computadora silba su impaciencia, protestando por mis métodos artesanales y anticuados, mientras escucho el

ruido monótono de los juegos electrónicos. Suena el teléfono y una voz molesta interrumpe mi vano intento de soledad. La escritura metafísica sobrepasa mis intenciones, y un cuerpo se impone aunque yo no lo quiera. La continuidad del camino está en peligro por mi falta de confianza —con un extraño sino que va más allá de mí, me desafía buscando mi inesencia. Bien delineados caracteres se ofrecen y deseo ceder a la tentación del molde tranquilizador. Pero la palabra intenta un juego desalmado una vez más, y yo obedezco, oyendo el leve crujir de mi cuerpo.)

### EPISODIO 5

—No entienden que las preguntas tienen una respuesta, una sola, simple y objetiva. No entienden que eso es importante para sus vidas, para su crecimiento interior. Parece que no comprendieran que deben responder correctamente, porque éstas son preguntas que no admiten dudas en la respuesta. No se trata de preguntas sin sentido, que admiten respuestas vagas e imprecisas (aunque no creo que una respuesta distinta a la del Libro sea una respuesta). Nadie los obliga a venir ni los obliga a someterse a las Fases. Si lo hacen, que templen su espíritu y que cumplan con su deber, por el bien de sus almas. Y el estudio sostenido es el mejor modo de templar el alma, la continua y sacrificada labor de adorar el Libro, suprema tarea, que nos hace partícipes del poder de la Ciudad, porque sólo Dios no tiene tarea ya que nada necesita hacer. Eminentemente simple es Dios, y nuestro ser compuesto añora su simplicidad porque es su unidad. Preguntamos por nuestra existencia, y hallamos la respuesta en la unidad indisoluble de Su Esencia.

No entienden que la Iniciación es la prueba para ver

qué hacen con sus vidas. Si continúan su carrera hacia el Círculo, deben esforzarse, y entender de una vez por todas que ésa será su vida. La adoración del Libro y la actitud de reverencia, se imponen como los sagrados deberes de la Ciudad, que se traducen siempre en una gran calma para responder. Deben entender cuál es el suelo que debe nutrir a los guardianes de la Ciudad Sagrada.

Los Sabios que escuchaban las palabras enojadas de su par asintieron gravemente. Un Celeste no había aprobado su Primera Fase y otro la había pasado; ésta era la razón por la que el Sabio que había hablado se culpaba.

—Fui débil —continuó el Dorado— y sé que este Celeste no pasará la Fase Dos. Hubiera sido mejor no hacerle pasar la Fase Uno, y así evitarle un dolor. Pero quiero que ustedes estén atentos.

Las túnicas flotaron cuando los sabios se pusieron de pie. Se saludaron inclinándose, y mientras siete se retiraban, dos se quedaron en sus lugares. Un sirviente trajo agua para que lavaran sus manos, que estrecharon en silencio. Miraron el Libro, que brillaba en medio de la mesa, colocaron la mano izquierda en él y la derecha en medio del pecho, inclinaron sus cabezas e iniciaron plegaria.

El tiempo parecía detenido alrededor de la escena, mientras dos pájaros se posaban sin ruido en las altas y estrechas ventanas. Las túnicas verdes se veían como lo único vivo en el lugar. Las inmaculadas piedras del piso mostraban el desgaste del tiempo, y las columnas que dormían su sueño de milenios a ambos lados de la puerta principal parecían recién colocadas. Signos extraños hendían las columnas. Dos cálices centelleantes y policromos estaban colocados en los extremos de la rectangular habitación. En uno de los vértices del techo, colgaba, bamboleante, una telaraña.

Una gran cadena rodeaba el cuello del sabio que levantó primero su mano del Libro. Los dos hombres se

sentaron y comenzaron a leer en voz alta, una hoja cada uno, el resultado asignado a la iniciación del Celeste que había pasado a Fase Dos. Esta ceremonia se repetiría tres días más hasta que todos hubieran leído el acta y supieran de qué se trataba.

### EPISODIO 6

Mi sueño intenso me gobernaba. De pronto, sentí algo raro debajo de mí. Me di vuelta e intenté seguir durmiendo. Pensé que la dureza del suelo no era problema, pero cambié de idea cuando sentí algo clavado en mi brazo. Me senté. Ulises se removió inquieto. Salí de mi bolsa, la corrí a un lado y vi una saliente que desentonaba con el verde del pasto. Tanteé suavemente y descubrí una argolla de metal cubierta por tierra y pasto, adherida a un cuadrado de piedra. El tacto me reveló antes que la vista su herrumbre de años; tomé fuertemente el aro de metal y tiré de él, tensando el cuerpo. El bloque se levantó unos centímetros. Até una soga a la argolla y Ulises, definitivamente despierto, me ayudó a tirar con fuerza de la soga. La losa se abrió y vimos una escalera que descendía hacia una espesa oscuridad. Encendí la lámpara de aceite y bajé con cuidado. Ulises, que iba detrás, pisó mal, cayó sobre mí y rodó escaleras abajo. Me apresuré a alcanzarlo y vi que había llegado a un sector en el cual comenzaba un largo túnel del que no podíamos vislumbrar el final. No había olor a encierro y el fuego de la lámpara se avivaba a medida que caminábamos, por lo que supuse que había una entrada de aire en algún sector. Levanté la lámpara varias veces pero la oscuridad era tan intensa que no podíamos ver más allá. Ulises me detuvo varias veces. Al final decidí obedecerle, sobre todo al darme cuenta de que me estaba dejando llevar por mi curiosidad. Al igual que

las palabras de la voz del Bosque, no aparecía en el Libro. Pensé en mi bolso de viaje y en la bolsa que habían quedado arriba, y con un poco de temor, decidí subir. Ulises también volvió a la superficie.

Cuando amaneció, después de lavarnos en la cascada y de desayunar cocción de hierbas y un poco de jugo, decidimos explorar el misterioso lugar que tan casualmente había descubierto.

¿Qué me impulsó a bajar? Quizás el hecho de no saber a ciencia cierta qué nos esperaba en el camino hacia la Posada. El Libro no decía demasiado acerca del Camino aunque describía con lujo de detalles el Bosque, la Posada, el Laberinto –última parada antes de llegar a Puerto Deseado. La curiosidad y la sed de aventuras me impulsaban cuando me encontraba con lo inesperado. Nada decía el Libro acerca de un túnel. ¿En qué extraño lugar me encontraba?

Respiré profundamente cuando llegamos al último escalón. Una suave claridad iluminaba el largo pasadizo, por lo que apagué la lámpara que había encendido antes de bajar. Una lagartija pasó cerca de mis pies. Caminamos durante varias horas. No habíamos encontrado desviaciones, pero oíamos un rumor de agua que a veces se acercaba y a veces se alejaba. Pensé que sería el ruido de la cascada. Sonaba melodioso como un canto. Ulises me miraba, confundido.

Estábamos muy cansados así que encendimos la lámpara y nos sentamos en las bolsas de dormir a comer un poco de pescado enlatado, que acompañamos con galletas. Una infusión de hojas nos templó definitivamente, y no me di cuenta en qué momento me dormí.

Tuve un sueño apacible y extraño, en el que yo, túnica verde al viento, volaba sobre un lugar desconocido para mí. De pronto despertaba y miraba mi túnica celeste, y sentía dolor en el estómago. Uli no estaba conmigo. Me

veía volando nuevamente sobre una plazoleta pequeña, parecida a la de Pueblo Chico. Planeaba sobre la cruz de la iglesia y regresaba en un vuelo ingrávido. Sobre mi cuerpo se agitaba otra vez la túnica verde.

Cuando realmente me desperté supe que había tenido un sueño dentro de otro. ¿Qué significaría? Túnica verde... Pero túnica verde sólo usan los Dorados Sabios, me dije.

La suave claridad me agradó. Me despecé con placer y miré a Uli dormido sobre la bolsa. Decidí volver arriba y no olvidar que debía llegar a la Ciudad sin dilapidar fuerzas.

De pronto oí el canto muy cerca, y más cerca aún, la voz. La curiosidad y el temor luchaban en mi interior. Desperté a Ulises y entre los dos decidimos internarnos más en el túnel, en dirección a los sonidos.

Una claridad que iba en aumento nos guiaba; de pronto, vimos escalones que ascendían coronados por una gran abertura. Subimos apresuradamente y salimos a un lugar lleno de luz.

### EPISODIO 7

Jugábamos en el patio de la casa común como sólo saben hacerlo los niños, sin finalidad, con inocencia, disfrutando el juego por el juego mismo, único fin de nuestras vidas. Nos perseguíamos corriendo, saltando y gritando alrededor de la fuente, sin parar, como si el cansancio fuera atributo de otros seres, y nunca de nosotros. Cuando uno era alcanzado, recomenzaba el juego, y el perseguido se convertía ahora en perseguidor.

En uno de esos juegos perdí mi amuleto danzarín. Yo era el objeto de la persecución, y en mi apuro para que no me alcanzaran, tropecé y caí, y la piedra rosa que colgaba de mi cuello estalló en mil pedazos. Lloré muchos días y

cada mañana, al despertar, buscada en mi pecho, y luego buscaba el hilo en el cuello, esperando encontrar mi piedra en la espalda, como tantas veces. Recuerdo mi desasosiego y el malestar físico que me invadía cuando no encontraba mi talismán.

Otro de mis recuerdos gira alrededor de los ojos de mi perseguidor, enormes en el fondo de la alberca, de mis manos en su pecho, empujándolo y de los gritos de los mayores. Pero no me acuerdo si este hecho fue anterior o posterior a mi desdicha.

Eramos diez o doce niños los que organizábamos el gran certamen de canto. Subíamos a una mesa y allí vociferábamos las canciones que conocíamos. A mí me gustaba la que hablaba del sapo, que si bien (ahora me doy cuenta) era un sapo común, para mi imaginación era un sapo extraño, elefántico, verdebrillante, ojoso, que ocupaba todo el lugar donde vivía –por ejemplo, lo que ocuparían sesenta casas– y que sonreía, simpático y satisfecho, mientras sacaba su lengua y atrapaba insectos sin parar, granuja asumido.

También me acuerdo de que no prestaba atención a las explicaciones de los maestros porque me aburrían, así que escribía poemas mientras escuchaba lo que decían acerca de hipotenusas y cosas por el estilo.

En la escuela siempre había una respuesta correcta para todo, y cuando no la sabíamos, el maestro nos enviaba al panel oscuro. Junto con los números, debíamos aprender las buenas costumbres, y que así como cada número está seguido por otro, en cada estrella hay una ley para que nuestro comportamiento sea el correcto. Los maestros tenían libertad para organizar las clases, pero cada vez que intentábamos cuestionar las leyes sobre los comportamientos, nos enviaban al panel.

Mi tamaño no me impidió enamorarme perdidamente. Pero el objeto de mi amor no se enteró de nada. Sin im-

portarme su ruda indiferencia, le escribí apasionados poemas de recargado estilo, donde se mezclaban el alabastro de sus manos, la palidez de la luna, toda mi vida en espera y la escasa importancia concedida a su desdén, a su mutismo y a sus no miradas dirigidas a mí.

Años de desasosiego no lograron convencerme de la inutilidad de mis esfuerzos, y un roce casual, una mirada distraída posada en mí por equivocación o porquemeimportismo, una palabra que por azar me dirigía, bastaban para reavivar el fuego que dormía pacientemente entre las cenizas cuidadas con esmero por esa poética (y patética) etapa de mi vida.

A veces, aún hoy, busco alguna explicación a este enamoramiento, y creo que el pequeño ser objeto de mi amor era lo más lejano a mí, lo más inaccesible, el ideal de todo lo que me era negado, pero por lo que estaba en disposición permanente de dar pelea. Le había dado cuerpo a mis ideales, había anclado en la tierra mis sueños, y no los dejaría fácilmente en libertad. Conservaría mis sueños siempre, eso me decía, y por eso oraba ante el Árbol Sagrado: "Señor, dame siempre la lucha. Dame la tormenta, la dificultad y la batalla. Y dámelos hoy, y para siempre, porque no creo que pueda encontrar otra vez la fortaleza para volvértelas a pedir".

Pero compartíamos el secreto del mar.

—¿Conoces el mar? —me dijo.

—No —le respondí.

—Es tan hermoso, hermoso de verdad —me dijo, mientras tocaba apenas mi mano izquierda.

Ya grande, cuando por primera vez vi el mar, recordé aquella charla y la emoción me hizo llorar. Me regalaste el secreto del mar y yo te regalé algunas dudas sobre qué cosa puede ser verdad, dudas que tienen su casa permanente sobre tus espaldas.

## EPISODIO 8

El claro me llenó de confusión y maravilla. Enormes árboles circundaban el lugar, árboles que parecían separarse con el propósito de dejar en evidencia ese claro. Caminé rodeando el círculo, y a veces adentrándome entre los árboles, pero por alguna extraña causa el círculo se mantenía siempre equidistante respecto de mí, y yo parecía constituirme así en uno de los puntos de la circunferencia y, de algún modo, sentía que era una de las causas del claro.

Parecía que el sendero del túnel no conducía a ninguna parte y, sin embargo, aquí estaba yo en el claro. La luz era suave pero iluminaba hasta el más pequeño detalle del lugar. Vi un escarabajo de lomo irisado arrastrándose lentamente hacia los árboles. Dos mariposas revoloteaban por encima de mi cabeza y me sobresalté ante la brusca aparición de un animal que salió de entre los árboles, persiguiendo unos pequeños animales alados. Sus saltos y cabriolas, y mi propio estado de arrobamiento, me impidieron reconocer, en un primer momento, a Ulises, que ladraba desesperado corriendo en todas direcciones, intentando atraer mi atención. Reí con ganas, y le acaricié la cabeza. Corría hacia el bosque y volvía, intentando que lo siguiera. No entendía qué le pasaba; Uli ladraba y perseguía su propia cola, girando alocadamente. Ante su desesperación, decidí seguirlo; salimos del claro y nos internamos en el bosque, que parecía cerrarse tras nuestros pasos. Oía un canto a lo lejos.

Uli movía la cola como si fuera un molinete y jadeaba, mirándome atentamente. Apuré el paso, siguiéndolo. De pronto, como si hubiera surgido de la nada, apareció una enorme montaña. Vimos una cueva, de la que surgía un canto. Entramos, Ulises decidido y yo con cautela. Tanteé las oscuras y húmedas paredes, y luego de un corto tre-

cho, desembocamos en lo que parecía un gran ojo de agua.

El asombro me paralizó: extraña, escurriendo agua, sentada sobre la pequeña playa, había una sirena. Y la sirena decía algo con su voz suave:

*Lo que está en el centro es él mismo, el círculo. El centro está en todas partes.*

La miré, ella se mantuvo tranquila y con la mirada fija en mí. Repitió sus palabras dos veces más. ¿Qué significaban? ¿Estaban dirigidas a mí o siempre las decía, aun en soledad? Intenté hablar, pero no pude. De pronto, y sin darme tiempo a reaccionar, la sirena se sumergió. Ulises daba vueltas, inquieto, y de vez en cuando gemía. La voz de la sirena se oyó lejana, pero nítida:

*Si quieres saber qué hay detrás de la máscara deberás quitarla a martillazos.*

No sentía miedo, pero sí una profunda emoción y, a la vez, un intenso cansancio. Puse la bolsa en el suelo y me senté sobre ella. Mil pensamientos me agitaban. Ayudé a Ulises con su bolsa, y me imitó, sentándose, luego, acostándose, cruzó las patitas delanteras y apoyó la cabeza en ellas. Tenía las orejas rígidas y semicaídas, y me observaba con atención, tenso el cuerpo. De pronto se oyó nuevamente la voz, que gimió:

*Está en mi naturaleza ser artificial y mentirosa.*

¿Qué quería decirme la sirena? ¿Me lo decía a mí? ¿Quería decir algo o sus palabras no tenían ningún sentido? Esperé pero no escuché más el canto.

Comencé a caminar por el lugar. Era húmedo y oscuro,

a pesar de la claridad natural que lo invadía. En las rocas se veían caparazones de ostras fuertemente adheridas, con sus puntas blanqueando entre el musgo verde y esponjoso. Caminé un rato, sintiendo cómo me hundía levemente en la arena que bordeaba el agua. Miré a Ulises que se había dormido y parecía descansar sin preocupaciones. Intenté ver la otra orilla, sin ningún resultado.

Desandé mi camino, mirando de vez en cuando hacia atrás para observar mis huellas marcadas en la arena. Me acosté cerca de Uli e intenté pensar en los últimos sucesos. ¿No hubiera sido mejor quedarme en el bosque y continuar por el camino de arriba que, aunque incierto, parecía deparar menos sorpresas que éste? ¿Por qué había seguido esta ruta? ¿Qué era lo que me impulsaba siempre al camino menos seguro? Lo cierto es que ni esta ruta ni la otra parecían llevarme a alguna parte. ¿Podría retomar el camino hacia el Bosque o me había perdido? No sabía qué hacer; Ulises protestó, inquieto. Me preparé algo caliente y comí un trozo de pan. A pesar de la situación, en ese momento quería comer tallarines con salsa, hecha con mucha cebolla y ají. Si los fideos tienen agujeritos, mejor, pensé. ¡Qué extraños seres somos!

## *EPISODIO 9*

La caverna parecía una enorme boca amenazante, con su ojo de agua que no mostraba el fondo, incierto y enigmático, con la montaña, celosa guardiana de su soledad.

En algunos sectores la oscuridad era más intensa que la claridad. A pesar de mi inquietud por estar aquí no podía dejar de reconocer que había bajado por mi propia voluntad, que había sido mi elección descender por el túnel al que había llegado al claro, y luego, siguiendo a Ulises, a este lugar maligno y maravilloso, colorido y oscuro.

Sentía la agitación de miles de formas larvadas deslizándose en el agua, y si aguzaba el oído, también sentía un suave deslizarse en la tierra.

Por momentos, sentía un leve sopor. Me dolía un poco la cabeza. Cuando entrecerraba los ojos lograba divisar múltiples bocas en las paredes de la caverna; imaginé que las bocas conducían a galerías y subgalerías sin salida. Mariposas multicolores distrajeron por un momento mi atención y cuando se perdieron en una de las bocas, me di cuenta de que la sirena estaba otra vez frente a mí, ahora sobre una roca en mitad del agua. Tenía un espejo en la mano y se miraba en él. Me puse de pie y me acerqué a la orilla para verla mejor. Se sumergió repentinamente y apareció a mi lado. Me sobresalté, pero eso no impidió que la mirara con mucho interés: era bellísima, con facciones perfectas y ademanes suaves. Observé su cara reflejada en el espejo e instintivamente retrocedí y lancé un grito: una cara monstruosa y una mirada retorcida y enferma me observaban desde allí.

La sirena me miró, y yo a mi vez miré sus ojos bellos, y a continuación miré la imagen en el espejo, donde el reflejo horrendo de perfil no dejaba lugar para la duda. Ella miró el espejo, que me devolvió la mirada vacía. Yo no podía articular palabra. Miré a Ulises, que, ya despierto, movía temeroso la cola, con un ademán blando y tímido. La sirena bajó el espejo y dijo:

*De uno, dos. Multiplicidad soy en mi unidad y mi apariencia me ha salvado, hasta hoy, de la locura. De uno, dos.*

Pero no parecía dirigirse a mí. Su mirada parecía traspasarme y volver sobre sí misma, y por su tristeza creí efectivamente que su mirada atravesaba su propio corazón.

Ulises gimió y se acercó. Me agaché y acaricié su pequeña cabeza. A la sirena le llevó un segundo desapare-

cer; la playa estaba otra vez vacía e intacta, como si nadie hubiera estado nunca allí. Una vaga inquietud se apoderó de mí, un enigma se había abierto ante mis ojos y un fuerte sentimiento de pertenecer a él me iba ganando. Oscilaba entre el deseo de preguntar y una sensación creciente de abatimiento.

Por alguna razón que escapaba a mi comprensión yo estaba allí, y también la sirena. ¿Debía interrumpir mi camino y averiguar por qué estaba la sirena allí? ¿Debía deducir de sus palabras un mensaje? ¿Qué era verdad y qué era mentira? ¿Despertaría de este sueño? Deseaba creer que era así, y que la realidad se me ofrecería simple cuando despertara, y que un solo camino se me ofrecería, sin enigmas, sin preguntas, con un destino: la Ciudad. Sólo hay blanco o negro en el camino de arriba, me dije para tranquilizarme, sólo una cosa u otra, sin enigmas.

Me sacudí el sopor que me invadía e hice una seña a Ulises. Como si hubiéramos pasado muchos años en la gruta, el corto tramo del túnel por el cual tan fácilmente habíamos entrado, estaba cubierto por entero de una mucosidad pegajosa. Con paciencia, tratando de contener el malhumor, salí después de mucho esfuerzo al claro y ayudé a Ulises a desprenderse de la gelatina que cubría su lomo y que no le permitía salir. Allí estaba el claro. Todo se veía perfecto, calmo, tranquilo. Ninguna voz extraña perturbaba la placidez del lugar.

Sentía tal agotamiento que me dormí contra el tronco de un árbol, con mi bolso aún a cuestas, y sin pensar en que el pobre Ulises se quedaba sin su comida.

Tuve un sueño en el que un ser con cara horrenda y cola de pez me miraba con ojos llenos de sabiduría, y de pronto, con un rápido ademán, se sacaba la máscara y me mostraba su verdadero rostro: era idéntico a la máscara.

No pude descansar bien. Sentía dolor en un costado y me desperté con la sensación de que algo se clavaba en mi

brazo. Intenté volver a dormirme pero una intensa sensación de angustia me obligó a abrir los ojos. Entonces sí que estaba en el Bosque de los Pájaros Azules. Temblaba. ¿Qué había pasado, por qué estaba aquí, cómo y cuándo había llegado? Me sobresaltó una sensación indefinible y de pronto me di cuenta de que no tenía a Ulises a mi lado y de que tampoco estaban su bolsa ni su pequeño bolso. En cambio, a un costado, despidiendo destellos que parecían otorgarle vida, yacía el espejo de la sirena.

Busqué a Ulises, pero no aparecía por ningún lado. Lo llamé, pero como respuesta sólo escuchaba los sonidos que la noche confería al bosque, voces conjuradas de desaliento. Volví al lugar donde había quedado el espejo y lo tomé con aprensión. Me miré en él, pero no vi nada. En ese momento, oí un agudo silbido detrás de mí; me volví rápidamente, pero no alcancé a divisar nada. El silbido se oyó nuevamente, más cerca esta vez. Alcé la vista y sobre un árbol, en el extremo de una gruesa rama, vi una serpiente alada, que voló y se enrolló a mis pies. Me senté y esperé, sin saber qué esperaba. El animal se enroscó, formaba un círculo al unir su cabeza con su cola. No dejaba de mirarme. Sus escamas brillaban intensamente, y me di cuenta de que ese brillo había aparecido recién ahora (¿o yo no me había percatado de él antes?). La actitud del animal, tan parecida a la que Ulises adoptaba muchas veces cuando deseaba demostrarme amistad, hizo que no sintiera temor. Alargué las manos y toqué sus emplumadas alas que se erizaron con mi contacto. En ese momento, la serpiente habló, y me dijo:

*Yo soy el anillo que te ha sido entregado. Me buscaste y aquí estoy.*

Me senté a su lado, apoyé una mano en el suelo y le sonreí, ella respondió a mi sonrisa con unos ojos que me

recordaron otra mirada. Un anillo... Yo no había buscado ningún anillo. Inmediatamente pensé en mi talismán rosado, pero mi talismán no era un anillo. "Yo soy el anillo que te ha sido entregado..." ¿Quién me entregaba un anillo? Recordé un poema que el Viejo nos hacía recitar cuando éramos muy pequeños:

*Anhelo el anillo de la boda,  
anhelo el anillo nupcial,  
anhelo el anillo de los anillos  
el anillo que el azar deparará.  
Mi anillo habla, y dice "sí",  
ríe mi anillo con risa contagiosa,  
mi anillo juega a los dados,  
mi anillo es un gran navegante.  
Mi anillo es un insaciable bailarín  
de pies suaves y delicados.  
Mi anillo es el mejor engañador  
y sólo acepta a quien le gusta jugar  
a las adivinanzas.  
Mi anillo sabio sólo admite a su lado  
al que quiere cultivar un pensamiento,  
al que quiere rumiar la dulceamarga hierba  
de mil sonidos, una y otra vez.*

Me di cuenta de que había repetido el poema en voz alta, y cuando terminé, vi que los ojos de la serpiente estaban posados en mí. Esperé, pensando que quizá me hablaría, pero se limitó a mirarme, inmóvil como si fuera una estatua.

No sabía dónde estaba y sabía oscuramente que debía averiguar por dónde podía salir al Camino, porque sentía avanzar sobre mí una sensación de extrañeza, una desorientación aguda, dolorosa. Subí a un árbol. Sólo se veían el Bosque, árboles y árboles, y un verde intenso que cubría

todo. ¿Hasta dónde llegaba el Bosque? Miré a la izquierda, y de la sorpresa casi me caigo: tan cerca que parecía que podría saltar sobre él, se veía un laberinto. Pensé que podría ser el Laberinto, pero me pareció demasiado pequeño, e incluso parecía ser artificial como una diversión para los más pequeños.

Bajé y comencé a caminar. Cuando iba a tomar uno de los caminos entre los árboles, oí el silbido de la serpiente, a la que por un momento había olvidado. Volaba sobre la entrada del camino que quedaba a mi espalda. Vino hasta mí, y luego fue hasta el camino que, evidentemente, había elegido. ¿Qué debía hacer? Finalmente, seguí un impulso y fui tras la serpiente, que voló en círculos sobre mi cabeza.

Nos internamos en el camino. Era estrecho y las ramas se juntaban a ras del suelo. Un grupo enorme de libélulas de extensas alas transparentes me seguía. Podía ver las nervaduras de sus alas, y en un momento me pareció ver que el ojo de una libélula se agrandaba, mirándome atento, casi solícito. Sentía un enorme cansancio. Necesitaba dormir. Miré a mi serpiente, que pareció leerme el pensamiento. Descendió suavemente y se posó en mi hombro. Me di cuenta de que tenía pequeñas garras, que no había visto en un primer momento. Me senté, y ella se enrolló a mi lado.

Abrí la lata de pescado en conserva y eché un poco sobre un pedazo de pan. Comí rápido, las mandíbulas me dolían ya que hacía un día que no probaba alimento. Le ofrecí a la serpiente, pero ni siquiera se movió. Aunque tenía los ojos abiertos, parecía dormida. La observé: sus alas, replegadas sobre el lomo, se movían lentamente y con regularidad. Seguramente dormía. Me dispuse a hacer lo mismo.

El sueño que tuve esa noche fue el más real que me haya jamás acontecido: estaba de cuclillas, cocinando verduras en una olla cuando sentí un intenso calor, y mis ro-

dillas se hundieron blandamente en el suelo. Mi cuerpo sintió el cambio: estaba en un desierto, la arena se extendía hasta donde alcanzaba la vista, y el brillo de la refulgente arena me lastimaba los ojos. Busqué a la víbora, pero en su lugar vi un león verde. El animal se acercaba. Tomé mi bolso y decidí que debía llegar, sin perder más tiempo, a la Ciudad. El león se sentó sobre sus patas traseras y luego se echó sobre sus patas delanteras. Subí a su lomo, como si lo hubiera hecho muchas otras veces. El león se puso en pie y comenzó a trotar. Me pregunté en voz alta cómo encontraría el camino. En ese momento, el león habló y dijo:

—Yo soy todos los caminos. Yo soy la Vida —y apresuró el paso, decidido.

Las noches y los días se sucedieron, y nunca bajé de su lomo. Cuando quise cambiar de dirección, sólo tiraba de la melena y el león cambiaba su rumbo. Dejé de ver, de oír y de sentir, hasta que me encontré en la Posada del Buen Arquero.

Desde la Posada se divisaba la Ciudad, como si estuviera allí muy cerca, como si caminando con fuerza (con mucha voluntad, según decían los ancianos) se pudiera llegar en unas horas. Pero todos sabíamos que no se llegaba fácilmente a la Ciudad, y que muchos habían dedicado su vida a llegar y no lo habían logrado. Claro, sabíamos de la existencia de seres como yo, pero no celestes, sino dorados, que no tenían que pasar por el camino y por la dura prueba. Ellos ni siquiera conocían el camino: eso decían los ancianos. Pero yo conocía una leyenda que hablaba de Dorados que vivían en Pueblo Chico.

La leyenda decía que en el principio de los tiempos algunos Dorados se habían rebelado contra los poderes de la Ciudad, y habían hecho el camino hasta Pueblo Chico. También decía la leyenda que los descendientes de estos Dorados, por una misteriosa metamorfosis, se habían

vuelto de color celeste, y era por eso que no los reconocíamos. Se decía que esos Dorados habían llevado adelante la rebelión inspirados por su amistad con varios Celestes, que habían llegado a la Ciudad formando un grupo tan unido que pedían rendir sus iniciaciones juntos. Es por eso, se dice, que ahora la Ciudad tiene la norma A1, que establece que "la Ciudad recibirá a sus ingresantes celestes de a uno, y por ninguna causa en grupo". También dice la leyenda que los Celestes que se quedaban en la Ciudad mudaban el color de su piel a un tono dorado pálido, palidez que era la única señal para el ojo atento, de que ése no era un dorado puro. Pero como dorados puros sólo son considerados los Sabios, quienes alcanzaban su resplandeciente color recién después de la Tercera Fase, en la Ciudad los Celestes Dorados eran iguales a los Dorados no Sabios, con lo que en el diario trajinar de la Ciudad no eran reconocidos por nadie como diferentes de los nativos. Pero ya se sabe que las leyendas son sólo cuentos, y que si se toman al pie de la letra, se puede caer en el irremediable estado del sinsentido, un laberinto donde, empantanados, vemos que no hay ninguna verdad, que todo es mentira. Y yo me dirigía a la Ciudad en busca de la Verdad.

Sé que la aventura es un gusto que cultivo, pero sólo lo hago en pos de la seguridad. Y sé que en la Ciudad me espera el futuro, el abrigo de lo seguro, tranquilidad, descanso, reconocimiento. Mil sueños rondan mi cabeza, danzan en loca danza, sueñan su loco sueño. Mil proyectos para el futuro... Es cierto que ahora el enorme peso del camino dobla mi espalda, es cierto que siento un cansancio enorme, pero sé que el futuro es propicio. Sé que el trabajo que debí realizar en Pueblo Chico fue mucho, pero la Ciudad me espera. Cualquier sacrificio es poco para los honores que la Ciudad regala.

¿Qué es la vida, pobre, corta, si no la ilumina la luz de

la Ciudad? Sé que soy fuerte y llegaré a la Ciudad. Y sé que ella me recibirá anhelante, respondiendo a mi propio anhelo.

*Te comparo, ciudad, a una reina,  
la más hermosa de las mujeres,  
el más fuerte de los hombres.*

*Como un brioso animal  
bufas sobre la montaña,  
encabritado el lomo, suelto  
el aliento vital.*

*Te haré un collar de oro  
y con mis propias manos temblorosas  
lo colgaré en tu cuello.*

*Te rodearé la cabeza  
con un racimo de uvas frescas  
y te trenzaré el cabello  
untándolo con mis más finas fragancias.*

*La flor más trémula, más hermosa  
y más olorosa  
es la Ciudad, la bella, para mí.*

*Me introduzco en ella  
como un caballo furtivo y sin dueño,  
y ella me enseña sus calles  
y sus más altas torres.*

### EPISODIO 10

En la Posada estaban otros Celestes, unos volvían a Pueblo Chico y otros iban a Puerto Deseado. En la puerta, enrollada, estaba la serpiente-ángel. A su lado, un gato atigrado, con grandes ojos dorados, se limpiaba la cara con una de sus patas delanteras. El león se echó y bajó con tranquilidad.

El dueño de la Posada se acercó con una copa de agua en la mano. Tomé la copa, derramé unas gotas según lo prescribía el ritual, tomé casi todo el líquido y luego derramé las gotas que quedaban en la copa sobre la palma de mi mano derecha, para tocar con el agua la frente del posadero, y luego la mía. Entré, me quité el bolso del hombro y me senté a esperar la comida habitual en estos casos. En ese momento, miré a mis pies y recordé súbitamente que Uli no estaba allí. Sentí un dolor extraño en el pecho y algo raro en la garganta y me di cuenta de que estaba llorando. Por primera vez en mi vida lloraba de tristeza; estaba llorando por mi perrito perdido. ¿Adónde estaba Ulises? ¿Cómo había desaparecido? ¿Estaba muerto? Me sequé la cara y soné mi nariz. Guardé el pañuelo justo en el momento en que me servían un plato humeante de un guisado (¡bendito sea!) que me reconfortó el corazón y me templó el alma.

Sentí un suave peso sobre mi pie izquierdo. Miré y vi un ala que lo cubría. Allí estaba la serpiente, dormida, con algo como una sonrisa en la cara. La observé con atención y vi que tenía aletas en torno al cuello, lo que lo volvía más ancho. El cuerpo también estaba recubierto por membranas, que le daban a la piel un aspecto rugoso. El gato continuaba con su meticulosa tarea de limpieza, sin prestar, aparentemente, atención a nadie y a nada.

Devoré mi guiso. La carne era abundante, cortada en grandes cubos, y la salsa, espesa. Verduras de diversos tipos alegraban la vista y el estómago. La comida humeaba, y su calor establecía un agradable contrapunto con el frío que afuera aumentaba, anunciando la noche. Hice a un lado a la serpiente, que no se movió, y salí. Innumerables bichos de luz prendían y apagaban sus luces a lo lejos. Los ancianos solían decirme que eran las almas de los que habían muerto intentando llegar a la Ciudad. Las voces de los ancianos eran temerosas, llenas de respeto, pe-

ro mi alegría al ver las titilantes lucecitas era inmensa. Incluso en mi infancia no les temía.

A mis pies estaba la serpiente. ¿Cómo había llegado hasta allí y en qué momento? Quise ver de nuevo los bichos de luz, ¡pero lo que me rodeaba era el Bosque! Estaba en el camino hacia el laberinto. ¿Nunca me había movido de este lugar? Mi cabeza se negaba a aceptar que no había comido en verdad ese humeante guiso, que ese posadero era sólo un posadero de ensueño. ¿Y el león? Era real, me dije, con convencimiento. Era real. Algo muy extraño pasaba en el Camino hacia la Ciudad, pero yo había vivido verdaderamente todo: el desierto, el león, la Posada. ¡La Posada! ¿Es decir que todavía estaba en el camino que salía del Bosque de los Pájaros Azules? ¿No había llegado aún a la Posada? ¿Cuánto tardaría en llegar a la Ciudad? Sentí que las fuerzas me abandonaban.

### EPISODIO 11

El viejo de Pueblo Chico era uno de los recuerdos favoritos de mi niñez. Cuando me sentía triste, pensaba en lo que él nos había enseñado, y después de reflexionar un rato me encontraba alegre y con ganas de comenzar aun la tarea más ardua. Recuerdo sus palabras en el día de la despedida, palabras que escribió en papeles arrugados, desgastados papeles sobrantes que contenían la escritura eléctrica:

*Tener la herida abierta como elección,  
Elegir la propia muerte, saber cuándo callar,  
Convertir la vida en algo importante,  
en una continua y hermosa obra de teatro, en la que  
encontramos intenso placer, intensa energía.  
Elegir la propia vida.*

*Ser la copa desbordante, que regala su néctar;  
que nada pide a cambio porque todo lo tiene.*

*Ser, siempre, rico de espíritu.*

*Matar de un enérgico coletazo toda moral,  
toda opresión, todo dominio,  
proclamar que Dios es ateo, porque no cree  
que haya algo superior a él mismo, nada que  
pueda crear como él, que pueda decidir como él.  
Dios cree en nosotros, y cree que somos el caos  
que él permanentemente recrea.*

*Proclamarse dioses, colocándose cuidadosamente  
la máscara.*

*Y no derramar ni una sola lágrima, aunque  
la lanza nos traspase el corazón, y sea removida  
eficazmente por manos expertas.*

*¡Siempre se pueden ver  
ojos de pájaros  
entre los árboles!*

El Viejo era nuestro maestro en religión. Cuando le preguntábamos si enseñaba la religión de Pueblo Chico o de la Ciudad, él respondía que enseñaba la religión del Camino. Sé que era una broma, porque él era maestro de Pueblo Chico, así es que, seguramente, enseñaba la religión de Pueblo Chico.

En Pueblo Chico la iglesia se usaba para guardar objetos en desuso. Se dice que en otros tiempos era el lugar donde se enseñaba la religión, pero ya en los tiempos de mi niñez sólo se la usaba como depósito, aunque conservara el nombre "iglesia". Y digo esto porque el Viejo enseñaba religión debajo del Árbol Sagrado y no en la iglesia, y también porque recuerdo que lo que él nos enseñaba como religión era muy distinto de lo que se practicaba en la Ciudad, y también de lo que vi en diferentes lugares del Camino.

Sacudo la cabeza e intento no recordar. Acomodo mi túnica verde y apoyo mi codo en el apoyabrazos del sillón de mi dormitorio. Miro mi cama, enorme, en el medio de la habitación, el escritorio contra una de las paredes, las lámparas en él, las pilas de libros, tanto en el suelo como sobre el escritorio. Suspiro. He luchado largamente por este lugar, y ahora lo tengo; he querido ser un Sabio, y ahora lo soy. ¿Esto es la felicidad? Tomo el vaso de agua que está sobre el escritorio y bebo grandes sorbos, intentando que la pastilla que tengo en la boca se disuelva. No lo logro, así que la trago casi entera.

## EPISODIO 12

La Ciudad parecía más lejana que nunca. Algo impreciso pero a la vez firme me impedía avanzar. Caminaba, pero tenía el presentimiento de ir hacia ninguna parte. Es cierto que había pasado la primera parte, y que había andado todo el camino de la izquierda hasta el Recodo, y que con eso había llegado al Camino, al menos a su inicio. Pero lo que pareció fácil hasta allí, liso, terso, agradable, se estaba convirtiendo en una pesadilla. El Camino se bifurcaba, y ya no era un camino sino dos; tenía caminos subterráneos, extraños animales, voces no esperadas, palabras enigmáticas que me atemorizaban más que mil peligros juntos.

Pensé en la primera parte de mi camino. Me acompañaban todos mis amigos. Íbamos cantando, contando cuentos y chistes, animándonos, aunque es más preciso decir que ellos me animaban a mí, porque sólo mía era la decisión de caminar hasta la Ciudad. Paramos varias veces durante esa semana, los primeros días hacíamos hasta cuatro paradas diarias. Ulises saltaba contento entre todos, feliz e inocente. Recuerdo cómo gimió cuando mis

amigos, al ver que llegábamos a Recodo Iridiscente, me abandonaron para volver a sus tareas.

Durante esos días parecía que toda la diversión me estaba destinada, y mientras unos me hacían bromas, otros preparaban abundantes comidas. En cada parada nocturna, charlábamos hasta altas horas de la noche, y bromeábamos como si la charla no tuviera fin. Pero llegó el día en que debía afrontar el Camino en soledad.

Era la primera vez que sentía mi soledad, y que recordaba la dulce compañía de mis amigos, el sentimiento de no sentir desamparo cuando estaba con ellos, la sensación de que todo es fácil y de que cualquier obstáculo puede ser vencido. Aquí me encontraba, cavilando amargamente acerca de un camino que parecía mostrarme su peor cara, un camino que colocaba piedras a mi paso. Miré a mi alrededor. La serpiente me miraba, atenta. ¿Por qué no habla ahora?, pensé. Sería un buen entretenimiento. El animal me observaba con una mirada mansa que me pareció comprensiva.

A mis pies caminaban, ordenadas y prolijas, hormigas de color azul. Tenían una sola antena. Era la primera vez que veía hormigas con una sola antena. Tomé un palito y empujé a una. La serpiente se acercó y observó la maniobra. Al ver que yo presionaba con el palito el abdomen de la hormiga, con un rápido movimiento de una de sus garras, me lo quitó, mientras silbaba. Me corrí, casi por instinto, y la miré con temor. El animal volvió a silbar y se alejó unos pasos, echándose y envolviéndose con sus alas, que le cubrieron todo el cuerpo. Le toqué las plumas. Se quedó en la misma posición, como si no me sintiera. Tomé otro palito y seguí empujando hormigas, cuidándome para no presionarlas o lastimarlas. Observé disimuladamente a la serpiente. Ella, un ala apenas levantada, hacía lo mismo, silbando quedamente.

Mordisqué una manzana lentamente porque no tenía

hambre. No sabía qué hacer. ¿Y si volvía a Pueblo Chico?, pensé. No, eso jamás, ahora debía seguir. ¿Seguir para qué? Para llegar a la Ciudad. La Ciudad era mi objetivo, no debía dejarme vencer por unos pocos problemas que se me pudieran haber presentado. Además, ¿los problemas realmente existían o eran un producto de mi imaginación, exacerbada por mi cansancio? Me di cuenta de que las manos me dolían bastante, como si hubiera hecho grandes esfuerzos físicos. También en los ojos sentía molestias, un dolor difuso, lejano, que parecía no pertenecerme.

Oí chillidos. Eran unos pájaros pequeños que emitían agudos sonidos. Volaron un rato sobre nosotros, chillando sin parar. Evidentemente, se perseguían. Miré a mi serpiente, que agitaba las alas y silbaba suavemente con un silbido muy distinto al que yo le había oído cuando intenté dañar a la hormiga, y distinto también al de la primera vez que la vi. Evidentemente, saludaba a los pájaros. ¿Creería que ella era un pájaro?

Al pie del árbol que la víbora había elegido para enroscarse había un grupo de hongos. Me acerqué y toqué las suaves copas y la filamentosa base. Un color tenuemente rosado adornaba los pequeños hongos y diminutos redondeles, como pintados por una mano que había elegido cuidadosamente su diseño, colocaban un color más intenso sobre el tono rosado.

### *EPISODIO 13*

Me encuentro caminando por lo que creo que es, finalmente, la salida del Bosque hacia el Laberinto. Se escuchan las voces de pequeños animales, chillidos inusuales, lagartijas amarillas de vientre rosado se escurren a mi paso, veloces e impredecibles. Mi serpiente, fiel, me acompaña. Me muevo lentamente y con cautela. De pronto, en

uno de los recodos del estrecho camino, me rodea un silencio denso, palpable. Me detengo, casi instintivamente. La serpiente vuela en círculos concéntricos, cada vez más alto, sobre mi cabeza. Luego desciende suavemente. ¿Qué debo hacer? Si sigo adelante, quizá me espere algo desagradable, pero si me detengo nunca lo sabré. Se oyen unos extraños sonidos que quiebran el silencio. Me detengo, aguzando el oído para ver de qué dirección vienen. Son voces algo chillonas que provienen de una roca situada un poco más adelante en el camino. Unos pequeños seres de varios colores, sentados en ronda, levantan sus cabecitas y me observan, con más extrañeza que temor.

La serpiente se acomoda en medio del círculo. Los hombrecillos no parecen notar su presencia, o parece que aceptan a la víbora como algo familiar, conocido. Después de un rato de mirarnos mutuamente deciden que mi presencia no es ya digna de atención y vuelven a su conversación interrumpida. Sus vocecitas se elevan, algunas agradables, otras chillonas:

—¡Xantés no puede verlo! —dice uno.

—¿Y el Cíclope? —pregunta otro.

—¡Sí! —responden varios.

—Pero tiene un solo ojo... —arguye el primero.

—Pero ve del mismo modo con un solo ojo que con tres —acota un hombrecillo con tres ojos, que parece saber algo del tema.

—Bien —dice el que habló primero— lo cierto es que la prueba que debía pasar Xu era adivinar qué tenía como joya central la corona nupcial, dado que...

—¿Y si lo adivinaba, se casaba con la princesa, Xa? —interrumpió un hombrecillo, inquieto.

—¡Silencio, Xei, no debes interrumpir a alguien cuando está hablando! Es ley —respondió, enojado, el que había sido llamado Xa—. Xu debía pasar la prueba de adivi-

nar qué corona le colocarían sobre su cabeza, pudiendo ver la que colocarían en la cabeza de Xantés el ciego y en la del Cíclope, pero no se le permitía ver qué tenía en su propia cabeza. Sobre la mesa del sacrificio había tres coronas que tenían en su centro los tres huevos azules de la garza real y dos coronas cuyos adornos eran una de las dos piedras cantarinas de la reina madre.

El que hablaba hizo una pausa, mirando a su auditorio lentamente. La ronda se removi6 como un solo ser y la serpiente sali6 un momento de su modorra, mir6 a su alrededor, y se enrosc6 nuevamente. La atenci6n que los peque1os seres prestaban al relato era intensa, concentrada. Decid6 sentarme. Quiz6, cuando terminaran de hablar, podr6 preguntarles acerca del Camino, o acerca del Laberinto.

—La prueba se iniciaba con una gran ceremonia donde se cantaba la Canci6n de la Cascada, y luego, al atardecer, cuando los ruidos cambian y los olores se transforman, Xu, el C6clope y Xant6s fueron llamados por el Gran Ojo y llevados ante el trono. Colocaron sobre la cabeza de cada uno de ellos una corona, y el Gran Ojo le dijo a Xu si pod6 responder c6mo era la corona que ten6 en su cabeza, pero Xu no supo. Repitieron la pregunta al C6clope y tampoco pudo responder. Finalmente, Xant6s supo decir cu6l era la corona que ten6 en su cabeza. Y es por eso que ahora es rey, porque pudo pasar la prueba final y casarse, de ese modo, con la princesa Astartes.

—¡Pero si Xant6s era ciego! —interrumpieron tres peque1os, a la vez.

—As6 es —respondi6, enigm6tico, el narrador.

—¿Y c6mo pudo saber cu6l de las cinco coronas ten6 en su cabeza? —quiso saber el grupo.

—Todos podemos —dijo Xa.

—¿Y por qu6 Xu no respondi6? —quisieron saber algunos.

—Xu siempre miente, quizá lo que nos contó no es cierto —dijo el pequeño, impaciente, siguiendo sus propios pensamientos.

—¿Es cierto eso, Xu? —quiso saber Xa.

—Xa, en cambio, nunca miente —aportó otro de los hombrecillos.

—¡Yo siempre digo la verdad! —protestó, Xu, arrojando lejos de sí una pequeña rama, impaciente.

Golpeé suavemente la roca. Los hombrecitos se volvieron hacia mí, me miraron un rato y volvieron a su postura inicial. Decidí preguntarles antes de que volvieran a su charla interminable. Respondieron amablemente todas mis preguntas acerca del Camino, pero sus respuestas decían lo mismo que yo había leído en el Libro. Quise devolver la cortesía contando mis aventuras, y así lo hice, pero ellos no se mostraron sorprendidos. Me ofrecieron comida en una vasija acorde con mi tamaño. Ellos, a su vez, comieron en pequeñas vasijas. Cuando terminamos de comer, yo ocupaba ya uno de los lugares del círculo de charla, y ésta prosiguió como si nunca hubiera sido interrumpida. Noté que a todos les gustaba la charla por la charla misma, porque no encontré un hilo conductor en lo que decían, pero a pesar de eso, no podía levantarme e irme, porque de alguna manera que no sabía explicar, sus planteos me atrapaban, y comencé yo también a participar, mientras la noche caía sobre nosotros.

—Debo terminar de construir mi casa —dijo uno.

—Yo también la mía, pero no tengo apuro —respondió otro.

—Creo que puedo terminarla en dos vueltas de luna —dijo el primero— sólo debo poner el doble de xis a trabajar.

—¿Y si pones el triple? —intervino un tercero.

—Creo que si pongo veinte veces más de xis, terminaría la casa en un instante —reflexionó el primero.

—¿Cómo se puede terminar una casa en un instante? —dijo el segundo.

—¡Poniendo muchísimos xis! —acotó, triunfal, otro de los integrantes del círculo.

—Creo que no es posible... —dudó el tercero.

—Si la cantidad de xis fuera el doble, tardarían la mitad —pensó en voz alta el primero— si pongo cuatro veces... —se detuvo y recomenzó— veinte xis dijeron poder terminarla en dos vueltas de luna, entonces si pongo cuarenta xis, deben terminarla en una vuelta de luna...

—¡Y si son ochenta xis, en media vuelta! —acotó uno, exultante.

—¿Quieren decir que 160, en un cuarto y 320 en un octavo? —pregunté tímidamente y sin poder imaginarme 320 hombrecillos, o lo que fueran los xis, terminando una casa en una abrir y cerrar de ojos.

—Sí... —contestó, sin mucha convicción, uno— las cuentas dicen que sí.

—Ey, ey, ey, nadie termina una casa en un abrir y cerrar de ojos —protestó uno que hasta ese momento había permanecido callado.

Me sobresalté, pensando que el hombrecillo me había adivinado el pensamiento.

—Pero las cuentas son correctas —intervino otro— ¿dónde está, entonces, el error?

En el círculo había un hombrecillo que nunca hablaba. Me incliné hacia mi vecino y le pregunté qué le pasaba.

—Es Xax —me dijo— cree que el conocimiento es imposible, por lo que permanece callado. ¿Cuál es tu opinión?

Permanecí un rato en silencio, con la mente llena de confusión. ¿Qué clase de comunidad formaban estos pe-

queños seres? El que había hablado, desentendiéndose de mí al ver que no contestaba, se dirigió al grupo:

—Hoy me he bañado nuevamente en el río Grande.

—Nadie se baña dos veces en el mismo río —dijo con rapidez otro.

—Nadie es el mismo cuando se baña por segunda vez en el río —aportó un hombrecillo risueño, acomodándose su pequeño gorro.

—Pero yo me he bañado hoy, otra vez, en el mismo río, y yo era yo, y el río era el mismo —respondió rápidamente el primero.

—No eras el mismo de ayer —dijo uno.

—El río no era el mismo de ayer —dijo otro.

—¡Yo era el mismo, yo, el que hablo ahora, y el que me bañé ayer, digo... el que se bañó ayer, y el río era el río Grande, el que está detrás de las piedras blancas, ahí, cerca del árbol torcido —dijo el hombrecillo, enfático y sollozante, señalando en una dirección.

—Bien, bien, Xi, no llores —lo consoló el compañero que estaba a su lado. Hizo una seña, haciendo callar al grupo, que continuaba su discusión en voz baja y sibilante.

Hice un esfuerzo e intenté pararme, pero sentía el cuerpo adormecido. ¿Cuántas horas había pasado allí, en el círculo, oyendo discutir a estos seres? ¿Por qué discutían? No podía negar que una curiosa e incontrolable fascinación me había amarrado con fuertes lazos en el círculo, pero debía adoptar la decisión de continuar caminando, y así lo hice.

#### EPISODIO 14

Recuerdo los juguetes predilectos de mi infancia: un perrito adorable, de pelo opaco y aplastado, con un solo

ojo de plástico desgastado. Movía su pequeña cola ante el mínimo pedido de mi imaginación, y contestaba todas mis preguntas. ¿Qué es el cielo, Tati? ¿Qué es el tiempo?, Tat, ¿vamos a jugar? ¿Hoy es mañana, Tati? ¿Por qué, por qué y por qué Tot? Y Toti, pacientemente, con una dulzura que nunca antes y nunca después encontré, contestaba todas mis preguntas. Tuve también una gata, muy flaca, que no quería engordar. Y una perrita, renga, descadera-da, desastrosa y absolutamente fiel.

Intenté tener una mascota fuera de lo común, y encerré entre endeble paredes construidas por mis propias manos a un saurio rarísimo, verdoso, que se agitaba desmañadamente, sin parar. Uno de sus coletazos derribó la cerca y el monstruo escapó, sin permitirme, el muy cruel, mostrarlo a mis amigos como trofeo, y sin molestarse por mis esfuerzos para construirle una cerca para su bienestar.

Mi infancia fue también pródiga en coleccionar anillos, y es así que tenía varios, pequeños, grandes, hermosos, feos, de un solo color o de varios. Años después, como un reflejo extraño, atemporal y fuera de lugar, ligado eternamente al momento en que conocí a la serpiente alada, recordé el anillo preferido de mi infancia: una víbora de colores cambiantes, enroscada en sí misma, con la cabeza ligeramente levantada, con dos ojos de verdes piedras luminosas. En ese momento también pensé por cuántos años creí haber olvidado completamente este adorno tan amado.

Recuerdo que mi perra derrengada tuvo cachorros, y los mayores decidieron que debían morir ahogados. Ellos mismos ejecutaron la orden, y los perritos tardaron interminables momentos en morir. Pataleaban, pero no se resistieron mucho. Ni siquiera abrieron los ojitos, por lo que no se podría decir que vieron la luz de este mundo. Eran marrones y blancos.

Tot me contaba siempre un cuento para que yo me durmiera. El cuento decía así: "Había una vez un rey nacido en un lejano país llamado Pirsea. Este rey se fue de Pirsea porque el mago del lugar le vaticinó que nunca nadie lo respetaría como a un verdadero rey, un nacido bajo el influjo de las tres estrellas, señal de los reyes desde los tiempos primeros. El rey, un poco cansado, llegó a tierras extranjeras. Descansó, y al día siguiente tocó las puertas de las casas del lugar, buscando trabajo. Lo consiguió, y también consiguió tres amigos, y entre los cuatro decidieron recorrer las tierras allende el mar, llevando canciones y poesías a los hombres. Y fue así como se hizo. Y así fue cómo la realeza del rey fue reconocida, y su nombre aclamado en todos los lugares.

Un día, el rey, que cantaba en ese momento tanto para los hombres como para las ranas, las flores y las estrellas, sintió que se lo aclamaba como rey de reyes, el más grande, el mejor, con una realeza de nuevo cuño: la del canto. Y no abandonó nunca más este título, porque lo llevaba inscripto en el corazón.

El rey fue visitado por la muerte, pero no por cualquier muerte o por la Muerte de todas las muertes, sino por su propia muerte. Y él entonces dijo: ¿y quién quiere vivir para siempre? Y con una mueca divertida y feliz vivió sus últimos días cantando como nunca antes lo hicieron, mejor que nunca, según se cuenta entre los que lo vieron. Y la última vez que cantó, le trajeron al rey su corona y su manto desde Pirsea, y él se los colocó. Y así salió a cantar. Y cuentan que sus últimas palabras fueron: "La vida debe continuar".

Después de este cuento para dormir, nunca lograba dormirme, y entonces con Tot mirábamos un Ojo de Dios que el Viejo me había regalado.

Muchos años después, en la ciudad, me explicaron la profundidad del Ojo, y ahora entiendo de qué se trata, y

tomo en mis manos el Ojo nuevamente, una y otra vez, lo observo detenidamente, pero claro, de nada vale mirarlo si no es con los ojos de la infancia.

Y la explicación no me devuelve el misterio con que mi infancia rodeó el Ojo, un misterio caótico, oscuro, del cual surgieron más de dos inquietas estrellas.

### *EPISODIO 15*

Observar a lo lejos, en el tiempo y en el espacio, el Camino es una tarea que parece no involucrarme. Sin embargo, el ascenso sostenido que hizo sentir el hormigueo de la insensibilidad en todo mi cuerpo fue una pesada realidad. El primer tramo, el alegre tramo que realicé con mis amigos, parecía recto, sin ascensos ni descensos. Pero, más que la mirada atenta, eran el pecho fatigado y el pulso acelerado los que me indicaban que el ascenso se producía lenta pero inexorablemente. Los misterios y los enigmas del Camino hacían que el ascenso fuera menos penoso, pero una mirada desde un árbol o desde la ladera de una montaña me permitían apreciar el desnivel que se ofrecía a mi vista. A pesar de eso, como una pregunta más sin resolver, ya desde el Bosque de los Pájaros Azules no pude ver más Pueblo Chico, a pesar de que la lógica me indicaba que el desnivel que el ascenso provocaba debía permitirme una visión de mi lugar de partida.

### *EPISODIO 16*

Un día en el que el enojo no me dejaba pensar con claridad, saqué las raíces del Árbol Sagrado lentamente. En cuclillas, primero empecé a descubrir sus raíces con las uñas; luego me ayudé con un palo. Hice un gran hueco y

fui arrancando raicillas, hasta llegar a un sector de grandes raíces, que fui rompiendo malignamente, sacando la corteza rugosa hasta llegar a las partes más tiernas. ¡Qué me importa el Árbol!, pensé. Rompería sus raíces. En los días que siguieron soñé que yo era el Árbol Sagrado, que vivía sin raíces y era feliz.

### *EPISODIO 17*

(Todo es lenguaje y nada hay fuera del lenguaje, pero a pesar de eso, una enorme joroba me está naciendo, pujante y fecunda, asombrada por mis vanos esfuerzos para romper las cadenas del orden de la lengua. ¿Cómo vivía sin este esfuerzo que llevo en el cuerpo, inscripto en la sangre? En el beso fatal que recibí en la cuna, una inscripción se grabó por tres días en el cuerno que adorna mi frente: intentarás, en vano, asesinar al dios de la gramática, destruir todo orden, enhebrar el hilo candente del desorden premeditado. Elevarás, decía, el mandato, un nuevo dios, y lo llamarás El Provisorio, y cuidarás que no viva mucho tiempo, asesinándolo cada vez. La mentira está instaurada, destruido el fundamento de la gramática con el fundamento desfondado de la poesía. Amén.)

### *EPISODIO 18*

Soñé que soñaba un sueño inarticulado y desarticulado. Soñé que soñaba un sueño. Y desperté y desperté y desperté. Y cada vez sabía que aún continuaba soñando.

*EPISODIO 19*

Todo lo que asciende puede descender. Todo lo que descende podría ascender. Todo vuelve, lo que ascendió y lo que descendió. Lo que ascendió-descendió. Lo que descendió-ascendió. Pero ascender y descender no existen.

*EPISODIO 20*

Quise alabarte, arte, como lo más alto y lo más separado (y por eso auténtico) de la vida. Pero descubrí –inventé– que no estabas separado de la vida y que eras la vida misma.

Hice un corte en el dedo anular de mi mano izquierda y fluyó un poco de sangre, y con la sangre comencé a escribirte, arte. La sangre fluía a veces rápida, a veces lenta, y las palabras se trenzaban en cópula implacable para la vida y oscura para el sepulturero. Con encono me mira el sepulturero, porque con alegría le quito tu cuerpo, arte. Pero no abandona él su pala, y su cara gris me dice que puede esperar durante una eternidad. Pero yo tengo un instante para la lucha, yo también te tengo, eternidad.

*EPISODIO 21*

Y el ángel de ojos de fuego, el de cuatro alas y ocho brazos me dijo: "Puede ser grande tu simulación, pero no estás en soledad. Puede ser ése el amor de tu vida, pero se irá y te dejará".

*EPISODIO 22*

Los cerdos comen lo que los no cerdos consideran desperdicios. Pero el cerdo sabe que "desperdicio" es sólo una palabra para necios y holgazanes.

*EPISODIO 23*

Él levantaba esculturas de pompas de jabón, pues deseaba hacer visible lo efímero de la vida y también lo bello e intenso que la sostiene. El devenir como lo único perdurable, dijo, y decidió esculpir con arena castillos en la playa. Nuevamente era un niño. Y se había construido, otra vez, el acontecimiento.

*EPISODIO 24*

El hombre con el bastón está en un laberinto cuyas paredes son espejos que multiplican su imagen hasta el infinito dentro de la finitud de ese espacio que se adivina circular. El evento.

*EPISODIO 25*

En una extraña unión, el venerado ciego y el rey inolvidable se unieron en una escultura de arena, una noche de verano, en el extremo sur del mundo.

*EPISODIO 26*

Qué pena el final, piensa ese lector. ¿Final?, piensa esa

lectora. Me pareció un texto tan delicado, casi etéreo. Me pareció un texto digno, pero con ese final, piensan... Aunque, ¿es un final? Y yo, acá, ¿qué hago? ¿No estará alguien poniéndome dentro del verdadero final? ¿Hay final? ¿Hay verdaderos finales?

### *EPISODIO 27*

Relee lo escrito, y ya no hay seguridad de no estar también dentro del texto. Siempre creyó estar afuera, divinidad de la tinta y, a veces, de la computadora. Ya no hay seguridad, nada es seguro...

### *EPISODIO 28*

El sujeto de la narración (¿la sujeto?) se sabe dentro del texto, pero no sabe nada del afuera, y ve que círculos concéntricos realizan una impiadosa succión (¿hacia fuera, hacia adentro, hacia adentro-afuera?). Por alguna causa desconocida, sonrío con calma.

### *EPISODIO 29*

Y yo acá, leyendo, leyendo, leyendo...